

Regina coeli: antífona mariana pascual

Pablo Cervera Barranco

UN POCO DE HISTORIA

La antífona *Regina coeli* se reza como antífona de Completas desde el Sábado Santo hasta el domingo de Pentecostés. En su brevedad encierra la expresión de la alegría pascual dirigida a la Virgen fiel.

Probablemente se remonta al siglo X-XI. Benedicto XIV estableció, en 1742, que durante el tiempo pascual se sustituyera el rezo del Ángelus por el de esta antífona. Así se vinculaba el misterio de la encarnación con el acontecimiento pascual de la resurrección. Los fieles cristianos, después de cada verso, dirigen a la Virgen su invitación a la alegría («Alégrate»). Esta invitación a la alegría conecta con el saludo del arcángel Gabriel que también invitó a María a la alegría: «Alégrate, llena de gracia» (Lc 1,28).

La antífona es de autoría desconocida, pero ya se rezaba en el siglo XII y los franciscanos la rezaban después del oficio de Completas y después la extendieron por todo el orbe cristiano.

La leyenda se atribuye al papa Gregorio Magno (604). Él habría escuchado las tres primeras invocaciones cantadas por ángeles cierta mañana del tiempo pascual en Roma mientras caminaba descalzo en una procesión. Entonces el Papa añadió una cuarta invocación que es una súplica: «*Ora pro nobis Deum, Alleluia*» (Ruega al Señor por nosotros).

GOZO PASCUAL CON MARÍA

Es una antífona sencilla y popular. Tanto cantada en latín como en castellano, es de gran provecho espiritual en el tiempo de Pascua (caracterizado por el gozo en Cristo resucitado) y al final de la jornada en el mes de María, mes de mayo, transido litúrgicamente por la Pascua.

El Reina del cielo expresa el gozo sereno y profundo que brota de la contemplación de los dos misterios centrales de la vida de Cristo: la encarnación («porque el Señor a quien mereciste llevar») y la resurrección («resucitó según su palabra»).

María se unió íntimamente al dolor de la pasión de Cristo y ahora participa también de la alegría de su resurrección. Aunque los relatos evangélicos no cuentan el encuentro del Hijo con su Madre, san Ignacio de Loyola no duda de que tuvo lugar: «Quien quiera trabajar conmigo ha de venirse conmigo, para que siguiéndome en la pena tenga conmigo parte en la gloria» (EE 95). ¿Iba a ser menos la Madre que el discípulo de Cristo? Tras la resurrección, Cristo nuestro Señor, en la primera aparición, se encuentra con su madre, la Virgen María (EE 218, 299). «Esto, aunque no se diga en la Escritura, se da por supuesto al decir que se apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: “¿También vosotros estáis sin entendimiento?”».

La Virgen no hace autoridad en la Iglesia y las apariciones evangélicas tienen una dimensión apologética, tienen la dimensión de confirmar a los que serán testigos de la fe. En ese sentido, a María en la Iglesia se la imita, María no hace autoridad. María no preparó aromas, María amó, María esperó, María no preguntó, María había llegado al amor perfecto y consumado.

A ella confiamos la labor de manifestar y prolongar en nuestras vidas la regeneración pascual. Cantemos con María la Pascua de Jesús, cantemos la alegría que brota de la cruz.

A María, contemplada como la «Reina del cielo», unida a la Pascua de su Hijo, le pedimos que interceda por nosotros ante Dios. ■